

DE VIRGENES Y SANTOS

Estos textos provienen del libro *Los nacimientos*, de Eduardo Galeano, que la editorial Siglo XXI publicará próximamente en España. *Los nacimientos* es el primer volumen de la trilogía *Memoria del fuego*, que se completará en los años siguientes y que intenta narrar «toda la historia de América a través de momentitos».

EDUARDO GALEANO

1583/Copacabana LA MADRE AYMARA DE DIOS

Atraviesa el lago Titicaca en la barca de totora. Ella viaja a su lado. Está vestida de fiesta. En la ciudad de La Paz le ha dorado la túnica.

Al desembarcar, la cubre con la manta, para defenderla de la lluvia; y con ella en brazos, tapadita, entra en el pueblo de Copacabana. La lluvia acibilla al gentío que se reúne para recibirlos.

Francisco Tito Yupanqui entra con ella al santuario y la descubre. La suben al altar. Desde lo alto, la Virgen de Copacabana abraza a todos. Ella evitará las pestes y las penas y el mal tiempo de febrero.

El escultor indio la ha tallado en Potosí y desde allí la trajo. Casi dos años estuvo trabajando para que ella naciera con la debida hermosura. Los indios sólo pueden pintar o tallar imágenes que imiten los modelos europeos y Francisco Tito Yupanqui no quiso violar la prohibición. El se propuso hacer una virgen igualita a Nuestra Señora de la Candelaria, pero sus manos han modelado este cuerpo del altiplano, amplios pulmones ansiosos de aire, torso grande y piernas cortas, y esta ancha cara de india, de labios carnosos y ojos almendrados que miran, tristes, la tierra lastimada.

1593/Guarapari ANCHIETA

Ignacio de Loyola señaló el horizonte y ordenó:

—¡Id, e incendiad el mundo!

José de Anchieta era el más joven de los apóstoles que trajeron el mensaje de Cristo, la buena nueva, a las

selvas del Brasil. Cuarenta años después, los indios lo llaman *caraiabé*, hombre con alas, y dicen que haciendo la señal de la cruz Anchieta desvía tempestades y convierte a un pez en un jamón y a un moribundo en un atleta. Coros de ángeles bajan del cielo para anunciarle la llegada de los galeones o los ataques de los enemigos, y Dios lo eleva de la tierra cuando reza, arrodillado, las plegarias. Rayos de luz despide su cuerpo enclenque, quemado por el cinturón de cilicio, cuando él se azota compartiendo los tormentos del hijo único de Dios.

Otros milagros le agradecerá el Brasil. De la mano de este santo haraposo han nacido los primeros

San Martín de Porres, fray Escoba, el primer santo de piel oscura del blanquísimo santoral de la iglesia católica.



poemas escritos en esta tierra, la primera gramática tupí-guaraní y las primeras obras de teatro, autos sacramentales que en lengua indígena transmiten el evangelio mezclando personajes nativos con emperadores romanos y santos cristianos. Anchieta ha sido el primer maestro de escuela y el primer médico del Brasil y ha sido el descubridor y el cronista de los animales y las plantas de esta tierra, en un libro que cuenta cómo cambia de colores el plumaje de los *guarás*, cómo desova el *peixe-boi* en los ríos orientales y cuáles son las costumbres del puercoespín.

A los sesenta años, continúa fundando ciudades y levantando iglesias y hospitales; sobre sus hombros huesudos carga, a la par de los indios, las vigas maestras. Como llamados por su limpia y pobretona luminosidad, los pájaros lo buscan y lo busca la gente. El camina leguas sin quejarse ni aceptar que lo lleven en redes, a través de estas comarcas donde todo tiene el color del calor y todo nace y se pudre en un instante para volver a nacer, fruta que se hace miel, agua, muerte, semilla de nuevas frutas: hierve la tierra, hierve la mar a fuego lento y Anchieta escribe en la arena, con un palito sus versos de alabanza al Creador de la vida incesante.

1639/Lima MARTÍN DE PORRES

Tocan a muerto las campanas de la iglesia de Santo Domingo. A la luz de las velas, bañado en sudores de hielo, Martín de Porres ha entregado su alma después de mucho pelear contra el Demonio con el auxilio de María Santísima y Santa Catalina Virgen y Mártir. Murió en su cama, con una piedra por almohada y una calavera al lado, mientras el virrey de Lima,



de rodillas, le besaba la mano y le rogaba que intercediera para que le hicieran un lugarcito allí en el Cielo.

Martín de Porres había nacido de una esclava negra y de su amo, caballero de abolengo y puro solar español, que no la embarazó por disponer de ella como cosa, sino por aplicar el principio cristiano de que en la cama todas son iguales ante Dios.

A los quince años, Martín fue donado al convento de los frailes dominicos. Aquí vivió sus trabajos y milagros. Nunca lo ordenaron sacerdote, por ser mulato; pero abrazando con amor la escoba, ha barrido cada día los salones, los claustros, la enfermería y la iglesia. Navaja en mano afeitaba a los 200 curas del convento; atendía a los enfermos y distribuía la ropa limpia con aroma de romero.

Cuando supo que el convento sufriría penurias de dinero, se presentó ante el prior:

-Ave María.

-Gratia plena.

-Venda vuesa merced a este perro mulato -se ofreció.

Acostaba en su cama a los mendigos ulcerosos de la calle y oraba de rodillas durante toda la noche. Lo hacía blanco de nieve la luz sobrenatural; blancas llamas salían de su rostro cuando cruzaba el claustro a medianoche, volando cual divino meteoro, rumbo a la soledad de la celda. Atravesaba puertas cerradas con candado y rezaba, a veces, arrodillado en el aire, lejos del suelo; los ángeles lo acompañaban al coro llevando luces en las manos. Sin salir de Lima consolaba a los cautivos en Argel y salvaba almas en Filipinas, China y Japón; sin moverse de su celda, tocaba las campanadas del ángelus. Curaba a los moribundos con paños mojados en sangre de gallo negro y polvos de sapo y mediante conjuros aprendidos de su madre. Con el dedo rozaba una

muela y suprimía el dolor y convertía en cicatrices las heridas abiertas; hacía blanco el azúcar oscuro y apagaba incendios con la mirada. El obispo tuvo que prohibirle tanto milagro sin permiso.

Después de los maitines se desnudaba y se azotaba la espalda con un látigo de nervios de buey rematado en gruesos nudos, y mientras se arrancaba sangre gritaba:

-¡Perro mulato vill! ¿Hasta cuándo ha de durar tu vida pecadora?

Con ojos suplicosos, lacrimosos, siempre pidiendo perdón, pasó por el mundo el primer santo de piel oscura del blanquísimo santoral de la Iglesia católica.

1645/Quito

MARIANA DE JESUS

Año de catástrofes para la ciudad. Una cinta negra cuelga de cada puerta. Los invisibles ejércitos del sarampión y la difteria han invadido y están arrasando. La noche se ha desplomado en seguida del amanecer y el volcán Pichincha, el rey de nieve, ha reventado: un gran vómito de lava y fuego ha caído sobre los campos y un huracán de ceniza ha barrido la ciudad.

-¡Pecadores, pecadores!

Como el volcán, el padre Alonso de Rojas echa llamaradas por la boca. Desde el púlpito fulgurante de la iglesia de los jesuitas, iglesia de oro, el padre Alonso se golpea el pecho, que retumba, mientras llora, grita, clama:

-¡Acepta, Señor, el sacrificio del más humilde de tus siervos! ¡Qué mi sangre y mi carne expien los pecados de Quito!

Entonces una muchacha se alza al pie del púlpito y serenamente dice:

-Yo.

Ante el gentío que desborda la iglesia, Mariana anuncia que es ella la elegida. Ella calmará la cólera de Dios. Ella será castigada por todos los castigos que su ciudad merece.

Mariana jamás ha jugado a ser feliz ni ha soñado que lo era, ni ha dormido nunca más de cuatro horas. La única vez que un hombre le rozó la mano, quedó enferma y con fiebre, durante una semana. Desde muy niña decidió ser la esposa de Dios y no le brinda su amor en el convento sino en las calles y los campos: no bordando ni haciendo dulces y jaleas en la paz de los claustros, sino orando de rodillas sobre las espinas y las piedras y buscando pan para los pobres, remedios para los enfermos y luz para los anochecidos que ignoran la ley divina.

A veces, Mariana se siente llamada por el rumor de la lluvia o el crepitar del fuego, pero siempre suena más fuerte el trueno de Dios: ese Dios de la ira, barba de serpientes, ojos de rayo, que en sueños se le aparece desnudo para ponerla a prueba.

Mariana regresa a su casa, se tiende en la cama y se dispone a morir en lugar de todos. Ella paga el perdón. Ofrece a Dios su carne para que coma y su sangre y sus lágrimas para que beba hasta marearse y olvidar.

Así cesarán las plagas, se calmará el volcán y la tierra dejará de temblar.

1696/Regla

VIRGEN NEGRA, DIOSA NEGRA

A los muelles de Regla, parienta pobre de La Habana, llega la Virgen, y llega para quedarse. La talla de cedro ha venido desde Madrid, envuelta en un saco, en brazos de su devoto Pedro Aranda. Hoy, 8 de septiembre, está de fiesta este pueblito de artesanos y marinos, siempre oloroso a mariscos y a brea: come el pueblo manjares de carne y maíz y frijoles y yuca, platos cubanos, platos africanos, ecó, olelé, ecrú, quimbombó, fufú, mientras ríos de ron y terremotos de tambores dan la bienvenida a la Virgen negra, la negrita, patrona protectora de la bahía de La Habana.

Se cubre la mar de cáscaras de coco y ramas de albahaca y un viento de voces canta, mientras cae la noche:

Opa ule, opa ule,

opa é, opa é,

opa, opa, Yemayá.

La Virgen negra de Regla es también la africana Yemayá, plateada diosa de los mares, madre de los peces y madre y amante de Shangó, el dios guerrero, mujeriego y buscabronca. ■